

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO. *El Zarco*. Edición, transcripción, estudio preliminar y notas de Manuel Sol. Clásicos Mexicanos 6. Xalapa, Veracruz: Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana, 1999.

ARTURO NOYOLA

Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM

HAY ÉPOCAS en la literatura cuyo conocimiento lleva de modo natural a ámbitos que no son los de la indagación literaria. Suele ocurrir que, cuando se estudia la novela de algunas décadas del siglo XIX, la historia, la biografía, ciertas costumbres, acaparan la atención de modo tal que Clío atrae para sí lo que, en abstracto, se esperaría encontrar con ayuda de las musas del arte. El diletante acostumbrado a adentrarse en los misterios de la ficción se va transformando en el historiador que quiere entender y explicar mejor los acontecimientos de una época. La novela, así, pierde importancia como obra de ficción pero la gana como lumen de la historia.

Ignacio Manuel Altamirano, un escritor preocupado por México al hacer literatura, que articula su ficción a partir de hechos o personas relevantes de su propia época, y que desea que esta ficción facilite una enseñanza útil a los lectores, cae, de modo conspicuo, mucho más en la órbita de la historia que, digamos, de la estética. Esto no queda bajo la potestad de los estudiosos, más bien se decide por sí mismo. Así, la edición de *El Zarco* que recientemente preparó Manuel Sol para la colección Clásicos Mexicanos de la Universidad Veracruzana encuentra en la novela más una incitación a la reconstrucción histórica que a la indagación literaria, que de todos modos existe.

Se trata básicamente de la transcripción del manuscrito de Altamirano, que está en la colección Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin, y que el mismo Sol publicó en 1995 de modo facsimilar en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM. Esta vez,

el autor coteja ese manuscrito con cuatro ediciones de *El Zarco* que se han publicado a lo largo de este siglo, señalando las modificaciones, adiciones o sustracciones que en cada una de ellas ha sufrido el texto respecto del manuscrito original. Las ediciones son la primera, publicada en Barcelona por José Ballescá en 1901; la de la colección Austral de Espasa-Calpe, publicada en Buenos Aires en 1940; la que preparó María del Carmen Millán para Porrúa, publicada en 1966, y la de José Luis Martínez, que aunque trabajada muchos años antes, no se publicó hasta 1986. La lectura de la edición crítica de Manuel Sol, si se quieren seguir las alteraciones que sufrió el texto en cada edición, debe por fuerza ser lenta y laboriosa, pero ejemplifica perfectamente la indefensión, por así decirlo, en que quedaba el texto literario cuando el autor mismo no había podido ocuparse de supervisar su publicación. Por razones que van desde el simple gusto personal hasta las de carácter ideológico, sin omitir el deseo de que los españoles entendieran mejor el texto, los dos copistas sucesivos de quienes depende la edición de 1901 alteraron de modo sustancial el manuscrito. Manuel Sol entresaca en su estudio preliminar 30 ejemplos de estas discrepancias entre el original y el libro de Barcelona, y en ellos puede constatarse la cantidad de circunstancias que van provocando que el texto que llega a manos del lector se haya alejado en tantos detalles de lo que el autor escribió.

Me permito diferir de una explicación que propone Manuel Sol: “Pero en donde el copista lleva al extremo el deseo de adecuar el texto a la ‘realidad española’ es [...] donde cambia el sobrenombre al *Tigre*, un mulato de la banda de los *plateados*, por el de *Lobo*, quizá en razón de que en España hay lobos, pero no tigres.” Creo que esto más bien se debe a la nomenclatura de las castas de la Nueva España. Un español, creo, reconocería en el *lobo* a un mestizo del nuevo mundo. El *lobo* es el hijo de *indio* y de *salta atrás*. Quizá hago mal en destacar esto, cuando que lo destacable es la pertinencia de las explicaciones de Sol.

En mi opinión, la parte más importante del extenso estudio preliminar de esta edición es la llamada “Historia e intrahistoria en *El Zarco*”, en la que Sol reconstruye los hechos de la realidad que tomó Altamirano

para idear su propia historia, e identifica ciertos personajes de la vida real que contribuyeron a dar forma al Zarco, a Nicolás y a Manuela, o que de plano salieron de la realidad para entrar en la novela, como Martín Sánchez Chagollán. Chagollán, aquí, señala Sol, es el sobrenombre despectivo con que los bandidos llamaban a este hombre de oficio plateero, cuando el chagollo es la moneda falsa o el objeto plateado más corriente que la plata.

Sin embargo, no destaca el contraste entre los bandidos *plateados*, éstos sí de plata pura, y el chagollo al que con ese mote menosprecian. En todo caso, me resulta notable el esfuerzo de Sol por cotejar los más diversos documentos que informan de la época. Destacan *El Siglo Diez y Nueve*, un “cuento semi-histórico” de Pablo Robles llamado *Los plateados de Tierra Caliente*, y un raro libro de Lamberto Popoca Palacios, de 1912: *Historia —de— el bandalismo —en el— Estado de Morelos ¡Ayer como ahora! ¡1860! ¡Plateados! ¡1911! ¡Zapatistas!* Pero hay una gran cantidad de fuentes detrás del paralelo ficción-realidad que admirablemente traza Manuel Sol, con lo cual acredita a la perfección la legitimidad con que la historia sustrae de la literatura ciertas obras literarias.

Pero no se olvida del aspecto literario. Con ayuda de *Clemencia* establece las bases del romanticismo de *El Zarco* y resalta la importancia del contraste en la literariedad —perdóneseme el término— del texto, ejemplificando esta técnica narrativa en dos conversiones: la de *Clemencia* y la de *Manuela*. O señala Sol algún elemento de carácter simbólico, como que Nicolás lleva en su etimología el *niké* de la victoria (significa “victoria del pueblo”); sugiere a este respecto que el autor le confería importancia a este significado, pero me parece que esto no es así, puesto que el mismo Sol señala que a Altamirano se le olvidó el nombre y durante algunos capítulos llamó Pablo a Nicolás, corrigiendo la discrepancia con tachones una vez que se dio cuenta del error. Luego entonces, el nombre no tenía tal carga de intención. Como hecho estético, no obstante, está ahí y el señalamiento de Sol es muy oportuno. En todo caso, la revisión propiamente literaria de la novela, a pesar de todo, evidencia que su propio peso la hace gravitar, más bien, hacia la historia.

Quiero resaltar el hecho de que, a partir de las opiniones y las precisiones de Sol, se deja ver la estética de Altamirano; una concepción didáctica, útil, democratizante en tanto hermana las manifestaciones artísticas con, por ejemplo, el adelanto fabril e industrial, en tanto todo debe contribuir a “la mejora de la humanidad y a la nivelación de las clases por la educación y las costumbres”. Una estética de la verdad y la utilidad.

Las notas que elabora Manuel Sol para explicar los sucesos históricos, la geografía en que estos ocurren, datos biográficos, referencias literarias y operísticas, flora y fauna, oficios, tradiciones populares, gastronomía, ciertos aspectos del habla de diferentes personajes, objetos de uso común, expresiones populares, constituyen un aparato crítico que, como es costumbre, resulta muy laborioso seguir, pero proporciona un conocimiento que sería imposible encontrar en la novela misma. Sol se ha puesto a leer lo que había leído Altamirano y nos entrega notas que son un placer en sí mismas, como la correspondiente a Mignon, el personaje de una novela de Goethe. Alguna otra, de modo perfectamente explicable, no resulta tan buena, o hasta crea cierta confusión, como la que define *gringo*; el lector no acaba de entender qué era un gringo para el Zarco.

Esta abundancia de notas se da en dos vertientes: una de ellas da cuenta de la sabiduría del propio Altamirano, pues es necesario explicar una gran cantidad de palabras que usa, lugares en los que ha estado, lecturas que ha hecho, plantas que ha observado, personajes y hechos de su época que conoce muy bien. El hecho de que tantas cosas de que habla Altamirano necesiten una nota, dice mucho de Altamirano mismo. Y otra vertiente se orienta hacia la gran cantidad de conocimiento popular, por así decirlo, que es necesario explicar porque realmente, hoy, resulta desconocido. Esto se da al margen, desde luego, o como complemento, de las notas mediante las cuales Manuel Sol reconstruye, siguiendo a Miguel de Unamuno, la intrahistoria, “la entraña de la historia y la que daba razón de sus grandes acontecimientos”. Una intrahistoria a la que, como queda dicho, le dedica una parte sustancial de su estudio preliminar. Una intrahistoria de complicidades y corrupción que nos muestra a qué grado

el poder tolera, o más bien fomenta, la delincuencia, y se aprovecha de ella. Reconstruye Sol la realidad tras la ficción de Altamirano y nos entregan, ambos, el comportamiento de una sociedad en un momento crítico de su devenir, caracterizado por un completo quebrantamiento del orden legal.

Al estudio preliminar lo acompañan una cronología de Altamirano, una bibliohemerografía exhaustiva, un listado de siglas utilizadas en la edición del texto original y en las notas, y 16 fotografías entre las que se encuentra la hermosa, por retórico que pueda parecer el adjetivo, portada de la edición de 1901.

Una edición definitiva, me parece, de *El Zarco*. Desde luego no me refiero a la valoración que hace Manuel Sol de la novela, porque en ello no hay nada definitivo. Resalto, sí, el hecho de que es una valoración muy acertada, que da medida a las características románticas de la obra, a su realismo, a su carácter de novela histórica. Pero definitiva en tanto el manuscrito original aparece tal cual lo escribió el autor, con un seguimiento estricto de las desviaciones que ha sufrido en ediciones bien difundidas que se han hecho de esta obra, y que son las que todos nosotros hemos leído. Si surgieran nuevas ediciones críticas, el texto básico tendría por fuerza que ser el que aquí encontramos. Y si se quisiera, en otro momento, reconstruir la historia tras la ficción, tal vez pudieran encontrarse algunas novedades, pero difícilmente podría lograrse una mejoría sustancial sobre lo que ya reconstruyó Manuel Sol.